

YO ACUSO (La verdad sobre la TALIDOMIDA)

CAPITULO IV

SOBRE LA PISTA

Un indicio: La epidemia de focomelia no había llegado a Alemania Oriental

La palabra «Contergan» se encontraba en las respuestas de numerosas madres al cuestionario del profesor Lenz

Dos minúsculas píldoras blancas que cuestan dos brazos de niño

Por K. H. SCHULTE HILLEN

En fin, ya no estaba solo. Ya no gritaría más en el vacío. Ya no tendría que llamar a las puertas a ciegas como lo había hecho durante tres meses, después del nacimiento de Jan, chocando siempre con el mismo escepticismo, la misma piedad estéril.

Tenía un aliado en mi misma ciudad, Hamburgo. ¿Y qué aliado?, el profesor Lenz, uno de los primeros geneticistas de Alemania Federal. Necesité un mes después de nuestra primera conversación para hacer suya la convicción que yo, profano, había tenido desde el primer instante. No era por casualidad que mi hijo y mi sobrina, a pocas semanas de distancia, hubieran nacido con los brazos y las manos atrofiados.

En la tarde del 20 de julio de 1961, como he dicho, ya, Lenz me telefonó en persona por primera vez:

--Tenía usted razón. Se trata de una verdadera epidemia --dijo escuetamente.

ME PRECIPITE HACIA SU CASA

--Acabo de regresar de Munster --me dijo--. Sus informaciones eran exactas. Había en el servicio especializado del profesor Hopp una veintena de recién nacidos o de niños muy pequeños con malformaciones semejantes a las de su hijo o mucho más graves. He sabido allí al mismo tiempo que los médicos se inquietan por esta multiplicación de los nacimientos anormales. Han dado la voz de alarma al Ministerio del Land, en Dusseldorf. Una comisión de encuesta ha sido creada. He señalado su caso y el de su hermana. Entrarán sin duda en contacto con usted.

Sentí un sobresalto. ¿Qué quería decir? ¿Renunciaría a emprender las investigaciones en persona?

Dijo con gesto cansado: --No soy más que un encargado de curso sin importancia (1), solo, sin colaboradores. Eminencias médicas están ya al trabajo. Además, es en el Ruhr, donde los casos son más numerosos, no aquí. ¿Qué puedo hacer?

--No puede renunciar --le dije--. Además usted no lo sabe todo.

Sus ojos brillaron. En este instante comprendí la vacilación que acababa de mostrar era una finta; intentaba contenerse, conservar la cabeza fría.

COMIENZA NUESTRA COLABORACION

Le conté lo que había sucedido durante los días que él había estado ausente de Hamburgo. La semana precedente una asistente social de la municipalidad había estado en casa. Simple formalidad; todas las familias reciben visitas parecidas. Pero pareció impresionada. Dos días más tarde nos llegó una convocatoria: se nos convocó en la consulta para disminuidos físicos.

¿Cómo no había pensado antes? Hasta ahora, en el mismo Hamburgo no conocíamos ningún otro caso semejante al de Jan. Si quería obtener informes hubiera debido pedírselos allí.



--Ya que está ahí arriba vea qué hora es en el reloj de la torre.

Al día siguiente llegamos al dispensario. Mientras un médico examinaba a Jan, pregunté a la enfermera, como el que no quiere la cosa:

--¿Ha visto usted ya casos parecidos?

--Seguramente --contestó--; nada más que en este barrio de Wandsbek conozco siete niños como el suyo nacidos el año pasado. Lenz me miró un largo instante en silencio. No tenía ya nada que añadir. Comprendí que iría al dispensario. Puesto que no quería trabajar más que con casos que pudiera controlar rigurosamente él mismo, ahora podía trabajar a gusto.

A partir de aquel momento se iniciaron entre el doctor Lenz y yo vínculos singulares, difíciles de describir. Hablar de colaboración sería presuntuoso. Yo no era más que un jurista. En el plano científico, no solo no podía darle nada, sino que ni siquiera podía comprender las investigaciones que iba a emprender. Todo cuanto podía hacer yo era contribuir a presentarle testigos y documentos. Sin embargo, durante meses, íbamos a vernos sin cesar, extraordinariamente próximos porque estábamos estimulados por igual, él por la sed de descubrimientos científicos y yo por el deseo apasionado de saber por qué mi hijo había nacido deformado. El sentía momentos de esperanza y le gustaba tener a alguien con quien compartirlos; y también horas de descorazonamiento profundo. En tales momentos decía que incluso le servía de consuelo tenerme a su lado.

Todo lo que puedo contar sobre el curso de las investigaciones que le condujeron al éxito es, pues, aproximativo, sobre todo teniendo en cuenta que siempre evité plantearle preguntas que el secreto profesional le hubiera impedido contestar. Por ejemplo, nunca me comunicó el nombre de las familias, cada vez más numerosas, que, además de la nuestra, constituían ahora su material de trabajo.

Sé que al principio investigó si las malformaciones podían atribuirse a la influencia de las radiaciones atómicas o a algún virus. ¿Cómo llegó a descartar estas hipótesis? Solo él podría precisarlo.

EN BUSCA DE UNA PISTA

En todo caso, en septiembre había abandonado estas pistas. En aquel momento comuniqué a Lenz lo que acababa de contarme mi cuñado al regreso de un viaje a Suecia. Había hablado con médicos de Goteburgo que le comunicaron sus experiencias en curso con animales de laboratorio: haciendo tomar ciertos productos químicos a las hembras, estos productos determinaron mutaciones en sus hijos. Los animales daban a luz crías malformadas.

--Precisamente me oriento en esa dirección --murmuró Lenz.

Poco más tarde, un amigo me envió una revista médica. Un artículo alarmista del profesor Wiedeman, de Krefeld (Renania) señalaba 60 casos de niños, malformados examinados en el Hospital de la ciudad en el curso de los 18 últimos meses. Supimos así que al mismo tiempo que nosotros, ade más del equipo de Dusseldorf, otro médico estaba haciendo investigaciones. El artículo nos aportaba un elemento nuevo: Wiedeman mencionaba que había conseguido obtener informaciones de Alemania oriental según las cuales la epidemia de focomelia era desconocida al otro lado del telón de acero.

--Lo único que nos hace falta encontrar --dijo entonces Lenz-- es qué productos químicos introducidos en Alemania Occidental en el curso de los dos últimos años pueden estar suficientemente extendidos para que sus efectos tóxicos puedan ser sufridos por mujeres en todas las partes del país.

Un recuerdo me atravesó la mente. Dije: --El año pasado asistí a un proceso contra ciertos carniceros y salchicheros acusados de haber «refrescado» carne averiada con productos prohibidos. ¿Sería algo de esta clase?

Lenz se mostró reticente. Sin embargo, encargó a un químico que investigara si alguna sustan-

cia nueva se había añadido desde hacía poco en ciertos productos alimenticios de gran difusión.

En aquel momento (era en octubre), me fui a España donde permanecí una quincena. A mi regreso encontré a Lenz al borde del desánimo. Me dijo:

--No puedo avanzar. Sin embargo, estoy seguro de que el problema es soluble. Todo depende de un hilo.

Luego experimentó un sobresalto. Exclamó:

--Ya está bien de métodos tradicionales. Lo que tengo que hacer es tirarlos por la borda. A partir de hoy voy a trabajar como un detective.

No me dijo nada más aquel día. Incluso tuve la impresión de que deseaba apartarme de él. Me confesó más tarde que, en efecto, había tenido de pronto la impresión de que tenía que buscar en otra parte, sobre todo no enfriarse en el caso de mi hijo y de mi sobrina si quería salir del callejón sin salida.

En fin, una tarde a primeros del

mes de noviembre me telefonó: --Creo que tengo una pista sólida. Venga a verme.

Un cuarto de hora más tarde estaba en su casa. El tan tranquilo de costumbre estaba en agitación profunda. Nunca le había visto así.

--Conoce usted el Contergan (2) --dijo--; un tranquilizante, un somnífero?

--La palabra me suena --contesté.

--¿Lo ha tomado su mujer? ¿Y su hermana?

--Ya se lo he dicho. Afirman que no tomaron ningún medicamento.

--Está bien --dijo--. Ahora voy a intentar sistemáticamente destruir mi propia pista. A usted le toca jugar ahora. Necesito la garantía absoluta de que jamás una píldora de Contergan ha sido introducida en su casa ni en la de su hermana. Esta garantía quiero encontrarla también en los demás hogares que han tenido un hijo parecido al de usted. Si obtengo esa certeza, y solo entonces, admitiré que me he equivocado una vez más.

Me explicó su actitud. Había enviado un cuestionario a decenas de madres que habían traído al mundo niños parecidos a Jan. Les pedía que redactaran con precisión minuciosa la lista de todos los medicamentos que habían tomado durante su embarazo, aunque fuera en cantidad mínima. Incluso debían decirme qué medicamentos y qué colores habían empleado y qué se yo cuántas cosas...

En una proporción extremadamente grande, en las respuestas Lenz había encontrado la misma palabra: Contergan.

DOS MINUSCULAS PÍLDORAS BLANCAS

--Tal vez me equivoqué --añadió Lenz--. En todo caso, aviso a la firma Grünenthal inmediatamente.

Aquella misma tarde pregunté a mi mujer. No: estaba segura nunca había tomado la menor píldora de este género. Telefoné a mi hermana.

--Sí --dijo-- algunas píldoras, pero en un momento en que no estaba embarazada.

Esta vez grité por el aparato: --¿La fecha? ¿Recuerda la fecha?

--Fué al principio de nuestras vacaciones el año pasado. A primeros de junio de 1960. Estábamos en el hotel con un matrimonio amigo. Yo llegué tan cansada que mi amiga me dió unos comprimidos de Contergan. Me dijo: «Ya verás, se duerme maravillosamente». Pero no estaba en cinta en aquel momento. Y nunca, después, he tomado.

Hice un rápido cálculo. Creo que me mostré brutal.

--¡Idiota! --exclamé--. No lo sabía aun, pero estaba ya en cinta.

Al día siguiente, los días siguientes, febrilmente, mi mujer y yo desgranamos nuestros recuerdos. En vano. Sin embargo, tenía la impresión de que, profundamente hundida en mi mismo, una imagen quería volver a la superficie de mi memoria. Era irritante y obsesiva...

De pronto --al cabo de no sé cuántos días-- la imagen se reveló bruscamente: mi suegro en su lecho mortuario.

--Linda --dije de pronto-- acuérdate... Al día siguiente de la muerte de tu padre...

Profirió un grito.

--Sí, mi hermana Ute... Estábamos con los nervios destrozados desde hacía días. De pronto ella dijo: «Ya está bien, tenemos que dormir». Fué a la farmacia. Trajo un tubito. Tomó dos comprimidos.

dos. Dió dos a mamá. Dos a mi hermano, dos a ti, dos a mí...

En el colmo de la agitación exclamé: --Son diez comprimidos. Hay doce en cada tubo. Tu madre nunca tira nada. El tubo debe estar aún aquí.

Registramos la casa desde el sótano al tejado. En vano. No se nos ocurrió abrir un cofrecillo que había pertenecido a mi suegro. Allí, un poco más tarde, íbamos a encontrar el tubo. En la etiqueta, una palabra: «Contergan». En el fondo del tubo dos comprimidos.

Mi suegro había muerto el 10 de agosto. Linda estaba en cinta de un mes.

Dos minúsculas píldoras blancas una tarde y nunca más... Dos minúsculas píldoras y como rescate dos brazos de niño.

(Copyright France Soir - OPERA MUNDI. Derechos para España: Agencia FIEL, en exclusiva nacional para PYRESA.)

MAÑANA: Cap. V. El «Contergan» retirado de la venta.

(1) En Alemania este título es el inmediato inferior al de profesor de la Universidad.

(2) El principal de los productos basados en la talidomida entonces en circulación en Alemania.

Una experiencia filosófica - Por A. o fo MUÑOZ ALONSO

El autor, Agustín Basave Fernández del Valle, no lo titula así, pero su libro «Ideario Filosófico» es realmente una experiencia personal de carácter filosófico. Quizás haya influido para esta consideración otro estudio análogo de Ugo Spirito que acaba de leer sin respiro en una noche, y que lleva por título «La experiencia de mí». Pero es evidente que Basave nos ofrece la experiencia de sí. Son dos itinerarios --el de Ugo Spirito y el de Agustín Basave-- que sólo tienen de común la aspiración inicial, noble y elevada, pero que, tan pronto como la inteligencia y el corazón alcanzan el vuelo, se distancian hasta el punto de conducirnos a puertos bien distintos, diametralmente opuestos. Dejemos para mañana el análisis crítico del estudio del ilustre profesor italiano, puesto que es posterior, y centremos nuestras reflexiones en el libro del filósofo mejicano, tan español en todo.

El prólogo lo ha escrito Von Rintelen en 20 páginas densas y emotivas. El profesor de Mainz expone las ideas claves del libro engarzándolas en las líneas de la preocupación constante en que él personalmente se mueve. El prólogo constituye y representa un valioso testimonio de que Basave está dentro de la filosofía contemporánea, moviéndose en ella con prestancia, originalidad y seguridades. La prestancia le viene de la erudición bien digerida, la originalidad le nace de la recreación de la temática, las seguridades se las presta la tradición de la filosofía perenne. El discursar filosófico de Basave es profundamente personal, por eso no es subjetivista; se ancla en la tradición, y por eso no es frívolo; conecta con la problemática actual, y por eso es vivo y fecundo. Si se prescinde de alguno de estos tres datos, se nos escapan el significado que reviste la obra de nuestro filósofo mejicano, profesor en Nuevo León de cuyo Centro universitario de Estudios Humanísticos es Presidente.

El libro aspira a señalar las aportaciones personales a la filosofía contemporánea. Esta aspiración se revela en todas y cada una de las páginas. Pero esas mismas páginas descubren el impacto de la filosofía contemporánea en el recinto espiritual de Basave. Dejarse informar, formar y conformar por el pensamiento contemporáneo, cediendo el alma y el espíritu a las tentaciones contradictorias de la actualidad, no es una disposición filosófica. Filosofar no es receptividad, sino entendimiento existencial a manera de amor. La filosofía no desdobra, sino que integra. Enterarse no es ilustrarse, sino saber lo necesario para ser y permanecer entero.

A Basave, pues, le interesa lo que le importa como hombre; lo que le importa --es decir, lo que porta in-- lo que le conduce a su destino y le reconduce a su origen. Un saber de salvación a través del pensamiento; pero no un saber sobre el pensamiento, con olvido o desdén por el hombre. Si bien se advierte, el libro de Basave, contra lo que pudiera parecer a una lectura superficial, responde de una manera original, en estilo contagioso, con sinceridad emotiva, a las cuatro preguntas lanzadas por Kant como síntesis de toda interrogación filosófica: qué puedo saber, qué puedo hacer, qué me cabe esperar, qué es el hombre.

A las cuatro preguntas ha puesto Heidegger el acuciamiento existencial, desvelando el gusano corroedor de la «nada» que en cada una se esconde. Basave revela el fondo luminoso salvador de Dios que en cada una late y anima. Para lograr su propósito, el autor ha entablado diálogo con el ser, con el existencialismo, con la cultura, con la historia, con la ciencia, con el mundo actual, y ha llamado a concilio, en una reunión familiar, a los filósofos iberoamericanos, que son los que con él responden de la filosofía en el Continente de la esperanza melancólica.

Basave, digámoslo ya sin reticencias, está animado de un fervor agustiniano del mejor estilo, que le ahonda el pensamiento y le desgarran los ojos. No es sólo una filosofía espiritualista la suya, sino un estilo peculiar que le permite personalizar los temas y los problemas elevándolos de rango. En el estilo de Basave todo adquiere un temblor poético, una gracia insospechada, y todo se somete a un recuento religioso. Trasciende su estilo las esencias de nuestros clásicos españoles del pensamiento, que han dejado su huella en el recuerdo de Basave.

La experiencia de sí, tal como viene revelada en el «Ideario Filosófico» es una experiencia responsable, con responsabilidad social. No es infrecuente observar cómo algunos filósofos se aíslan de todo y de todos, creyendo resolver los problemas en la cámara aislada y aislante de sus meditaciones. Basave carga con la responsabilidad de su pensamiento, exhibiendo con pudor sin soberbia el itinerario que recorre su ansia de saber. Parece un reto a la literatura intimista de la novela y teatro actuales que ofrecen una filosofía superficial y decadente en situaciones y descripciones de innegable fuerza y evidente belleza. Frente a la literatura que triunfa alzando en el escenario de la ficción las náuseas de la irracionalidad instintiva, Basave presenta sin dramatizar pero con un ímpetu extraordinario el repertorio de las principales ideas que motorizan su vida.

El valor y el alcance de estas páginas apuntan más allá de la letra que las compone. Los sugerimientos y la incitación cumplen su cometido, ya que están lanzados desde la rampa firme de una filosofía que ha resistido siglos y siglos, de una filosofía que, en sus fundamentos esenciales, bien puede llamarse sin más la filosofía.

(Copyright PYRESA. Prohibida su reproducción.)

Los REYES en PONTESA

Para dar más brillantez a las tradicionales Fiestas de Reyes en nuestras Factorías de Puentesampayo, nuevos actos folklóricos darán mayor aliciente a la iluminación navideña con ilustraciones musicales.

Visite en estas Fiestas ALFARES DE PONTESAMPAYO, S. A.

La iluminación continuará hasta el Domingo, 13

TODOS LOS DIAS DE 7 TARDE A UNA Y MEDIA